

## EL TÁBANO DE BELEROFONTE

XAVERIO BALLESTER

Universidad de Valencia (Valencia)

Oro por bronce. Entre los resplandores de ese sol de amanecer que en el *De lo Sublime* se omite que es la *Ilíada*, uno de los rayos más cegadores es el hontanar de motivos del encuentro de Diomedes y Glauco. “¿Por qué, animoso Diomedes, por mi linaje me preguntas? Tal como brotan, crecen y caen las hojas de los árboles, así generaciones de hombres nacen, viven y mueren”. Demoledor vasallaje a la fugacidad de la vida. Del manantial se sirvió Mimnermo, *auctoritas Homericæ*, para someter la juventud de una belleza —como toda la de la carne argilosa— efímera y frágil. Añádase un manojo de rosas frescas —preferentemente de Pesto, o sucedáneo— cual lírico señuelo a la femineidad coqueta y de ahí, *inter alios*, Horacio, Ausonio, Petrarca, Garcilaso o Ronsard. “Pero ya que lo inquieres. Fue Sísifo en Éfira”. Desventurado mortal. Una tórrida noche de Numidia un hijo de los últimos cristianos escribe: *El mito de Sísifo. Capítulo I. Sólo hay un problema filosófico verdaderamente serio: el suicido*. Esto es, si vale la pena o no. “Este a Glauco engendró y este, al melancólico —*scilicet* de negra bilis, consúltese Hipócrates— Belerofonte”. Enviado con una misiva cerrada, con *signos funestos*, sin saberlo porta consigo el suyo destino. Atrabiliario mensajero de su propia ejecución y servidor de quien —escrito está como en un código genético— no habrá de ser su verdugo. Y el vencedor del león cabra serpiente, en la grupa del alado caballo, con brida de oro, hubiese arribado al Olimpo, pero el minúsculo bronce de un tábano lo derribó. “Y este a mi padre, Hipóloto, quien me envió a morir bajo el homicida bronce de Ayace ante las murallas de la Ilión pulverulenta”. Y el bueno en el

guerrero clamor, el hijo de Tideo, le responde “Intercambiemos nuestras armas, así también ellos sepan que de la hospitalidad de nuestros padres nos jactamos”.

Entonces interviene el Poeta, interviene la divinidad. “Mas el hijo de Cronos a Glauco su mente arrebató. Pues por once bueyes armadura entregó que para hecatombe cumplía. Pues el oro de sus armas por bronce de armas cambió”.

¿Alegoría del convivir humano? Puede ser. *Nemo dat quod non habet*. Sísifo, Belerofonte, Glauco, oro había en vuestros corazones. En el jardín segundo de los Capuletos dirán veroneses labios de trece años: “Mi generosidad es tan inexhaustible como el mar y profundo como éste mi amor. Cuanto más te doy, más me queda”.

Por cuanto sabemos, Glauco murió sin descendencia, sus aladas palabras resultan, así, trágicamente premonitarias. La sangre y estirpe de Sísifo y Belerofonte, “mejores ni más valientes hubo en Éfira ni en la vasta Licia”, desapareció como desaparece el frondoso follaje ante el Céfiro otoñal, “tal la estirpe y la sangre que he de gloriarme de tener”.

Tal la estirpe y sangre que he de gloriarme de tener.

